

SUPLEMENTO DE ESTILO Y
DECORACION DE PAGINA/12.
SABADO 5 DE ENERO DE 2008.
AÑO 9. Nº 463

emociones

el colombiano Sierra y sus excursiones más allá de los objetos concretos

Desde

El diseñador colombian
parecen tener uso co
domésticas aparent
El diseño e

POR LUJAN CAMBARIERE

Que el diseño es más que proyectar nuevos objetos, muchos lo saben. Aunque son pocos los que se arriesgan a coquetear con las fronteras. Y muchos menos aún, los que logran hacerlo de un modo que trascienda. A fuerza de escuchar historias –relatos de infancias, antepasados y anécdotas–, enseguida se vislumbran ciertos aspectos que dan esos rara avis de la disciplina que sus pares, los diseñadores, consideran artistas y los artistas, diseñadores.

Gabriel Sierra es uno de ellos. Sus piezas se destacan por su humor e ironía. Aunque quizás lo más interesante de su trabajo sea que habla de esas cuestiones íntimas, aparentemente nimias, que pocos se animan a confesar. Preocupaciones o angustias de las que pocas veces nos jactamos, pero que marcan el pulso cotidiano de nuestras vidas. Desde la sensación de inestabilidad que genera la ausencia del ser amado, pasando por la soledad o la envidia, a la preocupación más trivial de cómo hacer madurar la fruta. Para todas ellas, él encuentra respuestas. Sin pudor, se mete con las emociones. Las desmenuza, las materializa y las expone. Y en ese ida y vuelta, además de sacarnos una sonrisa, nos hace cómplices de tantos sentimientos compartidos. Así se ocupa de un sinfín de necesidades hogareñas como fabricar una estructura para aves, que no es más que un palo y papel de diario, para que un loro haga sus necesidades o crear un horno de papel para madurar frutas (y también uno para calentar gatos). En versión más botánica, ideó un canguro con un compost especial para que las plantas parásitas no absorban la sabia de los árboles y así, el huésped y el portador puedan vivir en armonía y un "espantapájaros para gusanos", sistema que coloca en los árboles con hojas de tabaco que actúan como insecticida orgánico. También medias para mobiliario emulando a las amas de casa y su costumbre de ponerles tapones a las sillas para no hacer ruido o rayar el piso.

En esta sintonía, Sierra también se ocupa de cuestiones físicas como proyectar refugios o microarquitecturas para proteger las heridas de los pies, barricadas para prevenir el mal de ojo a los recién nacidos (una cinta como la de protección vehicular pero roja). Y, por supuesto, de las espirituales como idear una bombilla para personas solitarias o un "dispositivo de consuelo para ausencias temporales", un globo que se infla con el aliento del ser querido que se ausenta y dura casi tres semanas. También ostenta cristales para hacer llorar, jabones tallados, en una reflexión que entiende que la envidia es una cuestión visual ("entra por los ojos", dirá). Y un almohadón para soportar diálogos modernos. Por último, entre otros, en una crítica directa al diseño, presenta un ladrillo ergonómico que no es otra cosa que un ladrillo recubierto con felpa ("pensando en, por ejemplo, los indígenas que nada tienen que ver con el mundo del diseño que inventó la silla, se sentaban en cuclillas y no tenían problemas de espalda ni estrés", detalla).

Básicamente, porque en todo momento Sierra se pregunta sobre cuestiones como el consumo o la sabiduría intrínseca de la naturaleza, pero básicamente sobre el rol de su disciplina. "Diseño es una palabra extraña, dirá a su tiempo. Se refiere a todo lo construido por el hombre pero a la vez desconoce todo lo que hace el hombre", sostiene quien cree que las personas más creativas son las que nada tienen que ver con el diseño. De hecho, de ellas hablan sus piezas.

–¿Qué edad tenés y de dónde sos?

–Tengo 32 años y soy de un pequeño pueblo de la costa Caribe, a una hora de la playa, llamado San Juan de Nepomuceno. A pesar de ser zona roja es un pueblo muy apacible donde pasé una infancia muy linda. Mi papá es campesino y en el pueblo la idea es que termines la escuela y te salgas a estudiar otras cosas fuera. Yo me fui a Bogotá. Primero estudié arquitectura. Tenía un tío de Barranquilla que era arquitecto y esa idea de la modernidad la recibí de niño a través suyo. Pero enseguida me di cuenta de que no era lo que quería para mí y a través de un amigo que estudiaba diseño apliqué y me cambié a industrial.

–¿Cómo fue eso de pasar de un pueblo a una ciudad como Bogotá?

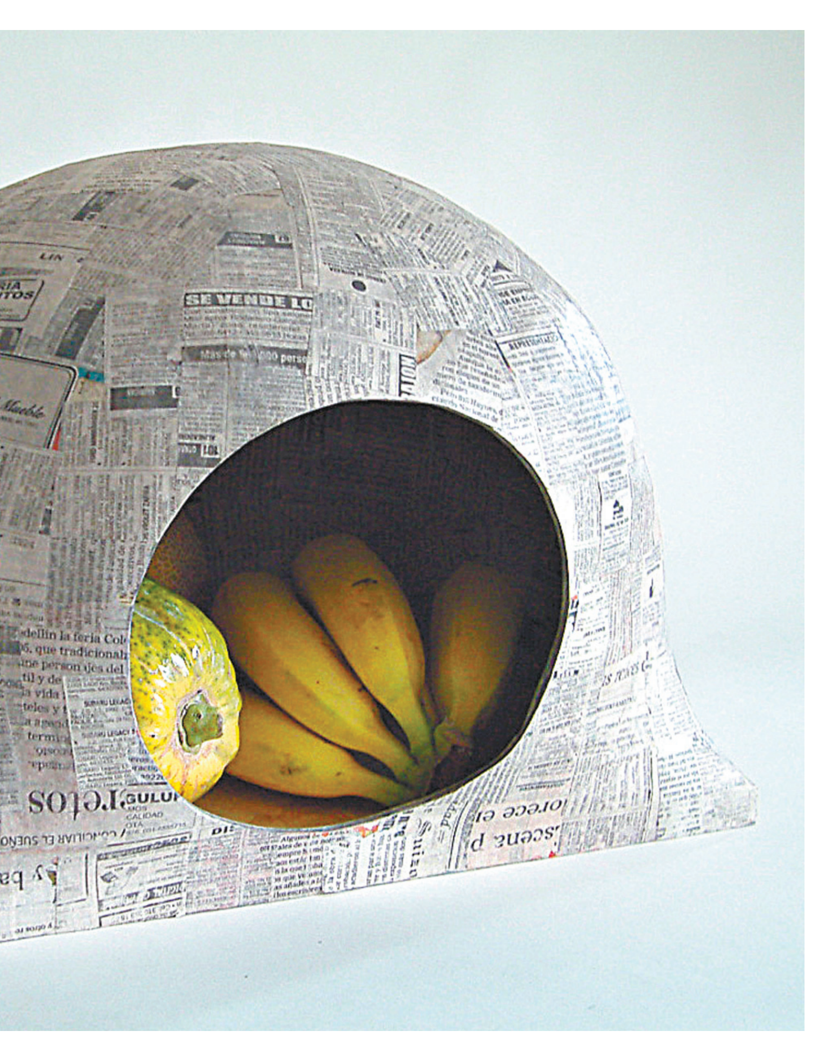
–Yo soy medio particular porque no extraño las cosas de antes. Siempre trato de encontrar lo interesante que tiene cada lugar, de entender cómo funciona. Además trato de no tener expectativas de nada y eso me parece que es bueno porque uno vive naturalmente las cosas como se presentan. La universidad era interesante pero una burbuja porque no perfila a los estudiantes para encontrar su espacio en el mundo real. Antes de salir, tienes que hacer una práctica en una empresa y yo hice la mía en una de publicidad. Creo que eso fue lo que me traumatizó. Y me empujó a buscar otro camino. Empecé a leer muchísimas cosas, historia del diseño. Y a ser terco de cierta forma. A ver las cosas como yo creía.

–¿Qué hiciste al salir?

–Cuando estuve fuera me di cuenta de que estaba en un lugar que no era el apropiado para hacer diseño, donde la gente no cree en lo que tú haces. Que te contratan para hacer una cosa y en realidad quieren que hagas las ideas del dueño y no creen en lo que les puedes ofrecer. Entonces empecé lo propio. Tengo una libretita de anotaciones donde todo el tiempo estoy observando, mirando y dibujando. Y así fui sumando y sumando cosas hasta que las empecé a sacar de la libreta y fui haciendo el primer objeto. Pero lo que me ayudó muchísimo en Bogotá fue que me empezaron a invitar a espacios de arte. El primer proyecto fue una muestra en el 2001, que se llamaba Doméstica, donde un curador invitó a fotógrafos, artistas y periodistas que trabajaban el tema de la casa. Pero en el fondo a mí me invitaron para que hiciera los muebles, el concepto de la exhibición y yo hice esquemas de lo que podían ser esos muebles. Ahí fue cuando empecé a descubrir mi trabajo, qué era lo que realmente me interesaba. Cómo la gente se relaciona con las cosas, cómo los objetos son el reflejo de la idea que las personas tienen del mundo. Entonces, la idea que se tiene del diseño industrial de hacer un producto tras otro ya no va para mí.

–¿Qué fue lo primero?

–Hacía muchas cosas en simultáneo. Mi taller parecía más un mues-





las emociones

o Gabriel Sierra se mete con esas cosas que no
mercial. Sin pudor, materializa preocupaciones
temente triviales y emociones inconfesables.
es más que producir nuevos objetos.

trario que una colección de objetos. Hacía ensayos, pruebas, experimento. Y fue difícil al principio, pero luego, un periodista español que estuvo en Colombia, fue como el primero que descubrió mi trabajo. El sacó un artículo en la revista *Experimenta*. Y entonces es como que tú empiezas a creer en ti. En Colombia nadie creía en mi trabajo. Para los diseñadores soy artista y para los artistas, diseñador. Entonces estoy como en el limbo, no soy nada. De una forma me sacan de todos lados.

–¿Cómo describirías tu trabajo?

–A mí me gusta indagar sobre las necesidades reales de las personas. Por eso a veces mi trabajo tiene que ver más con el lenguaje, con expresar lo que no se puede decir con palabras. Para empezar, me interesa investigar el contexto natural de la gente o cómo la gente resuelve sus problemas, sin entrar en el consumo. Sin tener que ir a una tienda. De cierto modo son preocupaciones que no le interesan a una multinacional, como un loro que vive con su dueño. Sobre todo porque las necesidades últimamente son inventadas. En la naturaleza todo tiene un sentido, en cambio el diseño es muchas veces superficial, un capricho. Aunque también puede ser una mirada a largo plazo. Como semillas, capullos que están por germinar, entonces es muy importante la labor de las personas que crean cosas.

–Tenés varias preocupaciones: el consumo, el aprender de la sabiduría intrínseca de la naturaleza, el emplear el diseño de objetos para comunicar ideas.

–Es que yo creo que cuando observas la realidad y de alguna forma tienes la posibilidad de interferir en ella con tu trabajo, tienes una responsabilidad. Históricamente el diseño de cierta forma lo que intenta es planear el futuro de las personas. Lo que pasó con la modernidad, que pensaban un montón de ideales. Una cantidad de estrategias para que la gente pudiera vivir mejor. Ideas que en la actualidad resultan ridículas. Pero lo que a mí en realidad me interesa es que si tú estás haciendo objetos, de algún modo tienes una gran responsabilidad. Entonces pensaba que las personas que más poder tienen son los políticos y los ricos, porque son los únicos con la posibilidad de decidir por el futuro de otros. Pero en el fondo, los que verdaderamente tienen esa posibilidad son los artistas y los diseñadores, los que verdaderamente crean cosas nuevas para la gente. Los que de cierta forma inciden en la creación de lenguajes y de ideales. Yo también entiendo al objeto como un sistema para comunicar. Más allá de la eterna discusión de la función y la forma, son estrategias de comunicación para adaptarnos. El sistema de consumo lo que hace es inventarte problemas y las necesidades son inventadas. Y después nos volvemos esclavos de ellas. Por eso mi trabajo se enfoca en las necesidades reales de la gente que no son manipuladas por la sociedad de consumo. Entonces, el horno para madurar frutas o la lámpara para personas solitarias hablan de la intimidad de las personas. Yo siempre hablo de los ejemplos de la naturaleza. De cómo, por ejemplo, un ave construye su nido. Si tiene tres huevos no le construye un nido a cada huevo porque es ella la que les da calor a los tres. Entonces en la naturaleza todo está pensado de una forma eficiente. Incluso el nido cuando es abandonado es reutilizado por otras aves o toman la materia prima.

–¿Cuál es tu máxima herramientas como diseñador? ¿La sensibilidad, la mirada?

–Es difícil de explicar. Pero hay problemas y tú eres como un observador de la realidad y te cuestionas todo el tiempo. Yo no hago caricaturas para periódicos pero en cierta forma parecen eso. Me gusta que mis objetos funcionen de alguna forma como caricaturas. Que cuestionen la realidad o las cosas duras de la vida pero haciendo reír. Porque, además, yo creo que el humor es como un lujo que tenemos los seres humanos por derecho propio. Es un idioma, el mejor catalizador. Pienso que los animales tienen mucho humor y los humanos lo perdemos. Por eso pienso que deberíamos ser cada día más como animales. Nosotros como seres humanos somos seres sociales. Creamos redes de afecto, pero para estas redes no hay lenguaje, sino uno particular que le interesa a la misma red, como un sistema cerrado y lo que yo quería hacer era crear evidencias de que eso existe. Las tradiciones orales. A la historia no le interesan esas trivialidades, entonces a mí me interesa precisamente hacer como evidencias materiales o visuales de eso. La sociedad de consumo no está interesada en el afecto, el humor, la soledad. Yo cuento historias que otra gente no se atreve a contar. Y a veces creo imágenes que no son objetos pero que son ideas y hablan de mis problemas.

–En definitiva, las cuestiones que mueven nuestro mundo más concreto.

–Absolutamente. Ahora hay una cosa preocupante, todos quieren parecerse, tener las mismas cosas. Y el mundo del diseño, la industria del diseño, se mueve en la superficie. Creo que antes era menos efímero. Por eso a mí me interesa ver cómo funciona cada lugar. Y entender de dónde venimos. Yo pienso que lo más importante es el ejercicio de vivir día a día. Eso involucra problemas y el diseño está en cada uno de esos momentos. A veces el diseño complejiza las cosas, por eso cada vez me gusta más el diseño anónimo. Ese que nadie sabe bien quién lo inventó y que la identidad se la pone la gente que lo usa.

La segunda "UR"

Anda en circulación el segundo número de *UR*, la peculiar revista de arquitectura y diseño que editan Florencia Alvarez Pacheco, Ariel Jacubovich y Sofía Picozzi. Con un logo basado en el cartel que recibe a los clientes en la feria de Urkupiña, en La Salada, la revista está diseñada en pleno montaje post-*Seven*, la película que tanto daño le hizo al montaje cinematográfico. Bilingüe, *UR*/2 está dedicada a la conversación y abre con dos interesantes textos sobre Brasilia de Clarice Lispector y Lins Ribeiro, más fotos de la ciudad recién estrenada; y sigue con artículos sobre la densidad de la city porteña, la rehabilitación de Medellín y Canopus. Distribuye CP67.

Convenio en Rosario

Una torre de trece pisos se va a retirar 18 metros del frente para preservar una casona de 1910 y una cuadra muy coherente, y le servirá de hall a un hotel. Ventajas de un gobierno claro.



La ciudad de Rosario se movió rápido y evitó un desmán grave a su patrimonio. La construcción de un hotel no sólo iba a significar la pérdida de una casa de alto valor patrimonial sino además perder una línea de edificación armoniosa, de las pocas que le quedan a la ciudad. Una legislación apta y sobre todo una actitud decidida del gobierno local lograron evitar males mayores.

Rosario tiene una Lista de los 2200, como llaman por allá al Inventario de Inmuebles Patrimoniales de Rosario. Estos edificios, con mayor o menor medida de protección individual, no pueden destruirse a la bartola, una aspiración que los porteños logramos apenas a fines de noviembre con la sanción de la ley especial de patrimonio. Pero lo que más caracteriza a la ciudad frente al Paraná, y la distingue de ésta a orillas del Plata, es que su gobierno tiene mucha más decisión para custodiar el patrimonio edificado.

La demolición iba a ser en la calle San Lorenzo al 1500, una cuadra que todavía mantiene casi completas sus alturas y buena parte de sus edificios originales, básicamente un conjunto anterior a 1930. En el 1528 hay una vivienda en estilo Art Nouveau español, con fuerte influencia del Modernismo catalán, paradójicamente firmada por el inglés Hillary Boyd Walker en 1910. Este arquitecto inmigrante se aquerenció y se adaptó al gusto argentino, e hizo una larga carrera en Rosario, donde construyó entre otras cosas el Palacio de Tribunales, una obra notable frente a la Plaza San Martín.

Esta casa particular de planta baja y primer piso, exactamente a la misma altura que sus vecinas, preserva interiores muy finos, su ornamentación completa de fachada y un tesoro: un notable vitral de Salvador Buxadera, dueño de la mejor vitralería de la ciudad. Esta pieza en particular es muy jugada en el estilo modernista y lleva la firma del empresario de la construcción, que proveyó los vitrales de la Bolsa, del Hotel Italia y de vaya a saberse cuántas casas particulares de Rosario.

Todo esto iba a caer destruido para ser reemplazado por otro bodoque funcional y hormigonudo firmado por el arquitecto Alvarez pero pensado como en *franchise* –Alvarez y su estudio ya son al diseño lo que McDonald's es a la comida–. Pero intervino el Programa de Preservación de la ciudad, que firmó dos convenios con la constructora para que la casa se salvara casi íntegramente.

Como explicó la arquitecta María Laura Fernández, que dirige el Programa de Preservación, a **Rosario/12**, un factor que facilitó todo es que el terreno donde se alza la casa tiene 45 metros de fondo. La casa en sí seguirá casi intacta, con sus interiores puestos en valor y su vitral preservado, y la torre de 13 pisos comenzará a 18 metros de la línea del frente. La casa será el hall de entrada del hotel-condominio y pese a que los socios de Alvarez a cargo de la obra ya comentaron ideas ñoñas como pelar las bovedillas para dejar a la vista el enladrillado, seguirá en pie. El retiro de casi veinte metros también permitirá que tanto hormigón no rompa tanto la línea tradicional de la cuadra.

Bombón asesino

POR JORGE TARTARINI

Murió atragantada con el último marrón glacé de la caja acorazonada. Hasta la vista, baby, pensó su caniche fiel. En el barrio Poldy era conocida por su afición a los dulces y su amor a las causas imposibles. Su última cruzada a favor de "los sin patrimonio" había recolectado más de un millón de firmas. La entrada a ese universo de homeless cultural fue todo un descubrimiento para ella, acostumbrada a codearse con los monumentos y la historia que le contada Tatita los fines de semana en la estancia. De aquello a esto de los bienes culturales había un mundo. Fascinante, exótico y hasta divertido para ella. Con el tiempo aprendió que esta última palabra no debía repetirla tanto en sus nuevas lides patrimoniales. Todo comenzó en un coctel en casa de Tere con unos turistas amigos que planeaban un tour no convencional por la ribera del río Matanza. Poldy decidió sumarse y de esa manera conoció los márgenes de la ciudad, con sus moles de concreto e hierro, vacías. Hubiera pensado que eran sólo eso, pero alguien del grupo las consideró valiosos testimonios del pasado industrial. Y Poldy entonces investigó un poco más. Al principio el estímulo no se apartó demasiado de lo que era su rutina de colectas en galas de caridad. Pero a medida que se fue metiendo en tema, a lo industrial se agregaron otros patrimonios desparramados por la ciudad y que hasta ese momento sólo eran escenarios de las novelas y cuentos en lecturas perdidas. Algunos autores hubieran hecho poner los pelos de punta a Tatita, pero ella los tenía bien escondidos en su nutrida biblioteca.

Sus recorridas interminables por la ciudad habían tendido un lazo fuerte entre literatura y realidad. Ahora en la urbe estaban Fernando y Alejandra en el Parque Lezama de *Sobre héroes y tumbas*; el último aljibe de "El hombrecito del azulejo" de Mujica Lainez; los balcones sin flores de Baldomero; las casas enfiladas y las lágrimas cuadradas de Alfonsina Storni; la casa de Victoria en San Isidro y la moderna en Palermo Chico, en las páginas de *Sur* y las crónicas propias y de escritores amigos; el barrio de Mataderos en el alucinante caleidoscopio de *Bazar de 0,95* de Geno Díaz, y su personaje, el pusilánime Santos Gosende; el Villa Crespo de Marechal, la Costanera de Mallea y el Flores de Roberto Arlt; la calle Humboldt en Palermo viejo y la familia estrafalaria del Cortázar de "Simulacros", en *Historias de Cronopios y de Famas*; las añoranzas de la vieja calle Serrano en un poema de Borges y los recuerdos de Palermo en su "Fundación mítica de Buenos Aires"; el barrio de Saavedra, en *El sueño de los héroes*, de Bioy Casares; el Caballito cambiado y laberíntico del eternamente perdido Alan Pauls; el Once babel multirracial de Marcelo Cohen; Abelardo Castillo y el viejo arbolado de Plaza Irlanda; Antonio Dal Masetto y sus personajes reclutados de los bares porteños, etc. Estas y otras lecturas tomaron cuerpo y dieron sentido a la vida de Poldy. No ya como lectora sino en su lucha por salvar cada día una pieza más de la herencia recibida. Porque de eso en suma se trataba. Su padre podría estar equivocado con su historia de monumentos inmaculados, pero no tanto en su visión del patrimonio como Herencia. Sucede que este nuevo legado involucraba a toda la sociedad y no a unos pocos. Los sin patrimonio no eran los otros, sino todos. El agobio que le produjo semejante descubrimiento no mitigó su empeño patrimonial, pero disparó su pasión por los chocolates. Un recurso al que echaba mano cuando, a pesar de tanta carta a los diarios, colectas y campañas, la piqueta seguía haciendo estragos por doquier.

Para sacar el cuerpo de su piso en la zona norte fue necesario romper un pedazo de pared. Sus amigos adoptaron al caniche, bajo una estricta dieta sin dulces. En sus viajes reales e imaginarios Poldy había dejado atrás partenones, coliseos, arcos de triunfo, cabildos y catedrales, para llegar a redescubrir la belleza y valores propios de una ciudad con la que mantuvo un permanente idilio esperanzado.